

NOVELAS EMOCIONANTES COMPLETAS

15
CTS

COWBOYS Y DETECTIVES

N.
3

12
Delirios del Trópico

por
Jack Hall





Cowboys y Detectives

Publicación semanal de cuentos y novelas

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 30 bis. — Teléfono 15841

BARCELONA

Número 2

15 céntimos

Delirios del Trópico

Novela de aventuras, interpretada por Jack Hall y otros notables artistas.

Es un film de la famosa marca COLUMBIA

Exclusiva de

CIFESA

Mar. 66. — VALENCIA

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares:

Pedro Bolart

Aragón, 281, edif. 2. — BARCELONA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Steve Rand era un joven ingeniero de ferrocarriles, norteamericano, que pasaba una temporada de descanso en París, en compañía de su buen amigo y ayudante Billy Mac Guire, ingeniero como él, y como él de nacionalidad yanqui.

Cierta noche, hallándose ambas en un cabaret de Montmartre, vieron entrar a una joven bellísima y elegante, seguida de una pandilla de alegres camaradas, promoviendo entre todos gran algarabía.

Billy, admirado de la hermosura de aquella muchacha, le preguntó a su amigo si sabía quien pudiera ser.

Es Marian Drake — respondió Rand —; una compatriota nuestra algo ligerita de cascos a la que de buena gana daría unos azotes como a una chiquilla mal criada, para que acabase por tener formalidad.

Marian Drake era hija de un gran industrial americano, y los millones de su padre habían hecho que ella se creyese todopoderosa y libre de hacer su santa voluntad y de imponérsela a los demás en todo momento. Y así, por ejemplo, aquella noche se le había metido en la cabeza el capricho de celebrar una fiesta íntima con sus amigos en el cabaret, y mediante la entrega de cuatro mil francos obtuvo la promesa del dueño de que el local quedaría vacío de clientes en menos de cinco minutos.

Una por una fué el buen hombre recorriendo todas las mesas y haciendo marchar a los parroquianos, diciéndoles que tenía cedido el establecimiento para una fiesta particular. Pero al llegar a la mesa donde se hallaban Rand y Mac Guire, éstos negáronse rotundamente a acatar sus órdenes.

Comunicóle el patrón a Marian lo que ocurría, y la impulsiva americanita, furiosa al verse desobedecida, se plantó ante los dos amigos y les mandó que se fueran, llegando incluso a ofrecerles quinientos francos a cada uno, con tal de salirse con la suya.

—¿Quinientos francos? — exclamó Rand, socarrón. Y levantándose dirigióse a los presentes, diciendo—: La señorita ofrece quinientos francos. ¿No hay quien dé más?

El furor de Marian aumentó con esta burla, y no pudiéndose contener, le dió una bofetada a Rand.

Este, sin intimidarse, cogió a la muchacha con el brazo izquierdo, la hizo doblar el cuerpo por la cintura y sin que nadie lo impidiese realizó allí mismo su deseo de castigar a aquella chiquilla insolente dándole una azotaina en el sitio en que se le suele dar a los niños.

Y cuando el ingeniero hubo se despedido a su gusto, ella quedóse mirándolo, pasmada. Sólo al cabo de un rato logró serenarse y mandó llamar a un policía.

Pero cuando el agente llegó, rechazó su ayuda, diciendo que ella se bastaba para solucionar aquello.

Y se sentó a la mesa de Rand, aceptando la copa de champagne que éste le ofrecía.

—Usted necesita que le corten los vuelos, señorita — la reprendió el ingeniero, como a una niña—. Voy a decirselo a su padre.

—¿Le conoce usted? — preguntó ella, sorprendida.

—En efecto, lo conozco, aunque sólo de nombre. Yo construyo ferrocarriles; él los explota.

Y le explicó a Marian que se hallaba en vísperas de ir a construir un ferrocarril en Saraboug, en plena Oceanía.

Pusiéronse a bailar. Y Marian, por uno de esos caprichos de niña consentida, propúsole bailar durante tres días seguidos, por lo menos, y el que resistiese más de los dos resultaría vencedor y demostraría ser más fuerte en voluntad y en energías físicas que el otro.

Y resultó vencedora Marian, pues Rand, tomando la cosa a broma, fué bebiendo copa tras copa hasta emborracharse por completo. Y de tal modo llegó a no saber lo que se hacía, que

cundo al cuarto día despertó de su gran borrachera, se extrañó de ver durmiendo en su propia habitación, en una cama que sólo separaba de la suya la mesilla de noche, a la señorita Drake.

Ella despertó y le preguntó qué significaba aquélla. Y con la estupefacción que es de suponer, supo por boca de la propia Marian que ambos se habían casado la noche anterior.

El protestó, diciendo que aquel casamiento no era válido; ya que cuando se verificó él estaba completamente borracho.

—Pero yo no—arguyó ella—. Y ahora voy a cobrarle los azotes que me dió.

Steve Rand hallábase desconcertado, no sabiendo cómo salir de aquel atolladero. Aquel casamiento era una grave complicación para él, que tenía que partir inmediatamente para Saraboug.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó él, perplejo.

—Todo menos pasar la luna de miel en Saraboug.

El respondió que no tenía más remedio que cumplir sus compromisos con la empresa que le tenía contratado. Y en vista de que se mostraba irreducible, ella se resignó a seguirle, porque era lo cierto que le amaba.

II

En Saraboug, la pintoresca ciudad oceánica, trabaron amistad con el gobernador, suprema autoridad de la isla.

Una mañana hallábanse Rand y Mac Guire conversando con el citado personaje en el mismo acerca de las dificultades con que tropezaban en su empresa, pues no eran sólo la selva y sus innumerables peligros los únicos obstáculos con que tropezaban, sino que, al parecer, había alguien interesado en que la construcción del ferrocarril no prosperase y ese alguien bien pudiera ser algún agente o agentes de una compañía rival de la que había obtenido la concesión de dicha construcción.

En aquellos momentos se les acercó un individuo, vestido de blanco, con elegancia, el cual fué presentado a Rand por el gobernador.

Ulamábase el tal individuo Hinkle, y el gobernador dijo que se dedicaba a la venta de herramientas y maquinaria para la agricultura.

—Si no fuera por nosotros—dijo el tal Hinkle, chancizando—la vida sería horrible en este infierno.

Rand, a quien no le había sido simpático el tal individuo al primer golpe de vista, le replicó con cierto aire de reproche:

—No debe usted hablar así del país donde vive.

—¡Pero si yo no me quejo! ¡Si no me gustara esto, ya me habría largado! —replicó Hinkle.

Luego le preguntó a Rand si partían pronto para el interior, obteniendo respuesta afirmativa.

Poco después las dos amigos se despedían del gobernador y de Hinkle.

Al quedar solos estos últimos, Hinkle preguntó al gobernador:

—¿Cuándo cree usted que volverán?



—No debe usted hablar así del país donde vive.

El gobernador creyó advertir una cierta reticencia en esta pregunta, y a la vez inquirió, con recelo:

—¿Por qué lo pregunta usted?

—¡Oh! Por nada, por nada—respondió Hinkle evasivamente. Y se marchó también del casino.

A pocos pasos de éste, en medio de la calle, un fakir realizaba sus experimentos de magia.

Al pasar Hinkle junto a él, el fakir, con mucho disímulo, le dio un papelito cuidadosamente doblado, a cambio de unas monedas.

Hinkle se alejó unos pasos, desdobló el papel y leyó la que había escrito en él:

"Rand sale hoy. Todo está dispuesto. — Chattermahl."

III

Al enterarse de que su esposo se marchaba, Marian puso de mal humor al pensar en que iba a quedar sola; pues Rand no consentía en exponerla a los peligros que internarla en la selva con él significaba. Y después de recomendarle tuviera mucho cuidado con lo que decía y con las amistades que frecuentase durante su ausencia, partió hacia el interior del país, donde sus hombres trabajaban en el tendido de la línea del ferrocarril.

* * *

Llevaban ya varios meses de trabajo sin que hubiesen tropezado en todo ese tiempo con ningún contratiempo digno de mención, cuando Rand y su ayudante comenzaron a observar que algunos indígenas de los que trabajaban en la construcción del ferrocarril se dedicaban a ejercer propagandas sediciosas entre sus compañeros, y éstos ibanse cada día indisciplinando más y más.

Un día, Rand tuvo que llegar incluso a disparar su revólver contra uno de los indígenas que se dedicaban a esa labor desmoralizadora, para hacer en él un saludable escarmiento.

Ni Rand ni Mac Guire podían sospechar a qué obedecía esta campaña ni quién la dirigía, pero que era un complot contra ellos, lo comprendieron cuando vieron que las existencias de víveres, de quinina y de whisky se agotaban, sin que les mandasen nuevas comesas, a pesar de los apremiantes avisos que de continuo enviaban a sus proveedores.

En esta situación se hallaban cuando una mañana Rand recibió una sorpresa tan agradable como inquietante para él, pues fué nada menos que la presencia de Marian en el campamento.

Su esposo le hizo ver la grave imprudencia que había cometido. Aquel no era sitio para una mujer blanca. Debía regresar en seguida.

Despechada por lo que ella creía era indiferencia en su marido, Marian partió de nuevo hacia la ciudad dispuesta a vengarse de su marido llevando una vida de fiestas continuas.

Y, en efecto, acudió a todos los bailes distinguidos que se daban en la ciudad, sin importarle un bledo que la gente murmurase por que ella estuviera divirtiéndose mientras su marido hallábase en plena selva expuesto a caer víctima de la fiebre o de las mil asechanzas que aquella guardaba.

Marian no sabía a lo que se exponía llevando esta vida

alocada, pues había un hambre desaprensivo que viéndola tan frívola y sabiendo que su marido se hallaba ausente, suponía sería empresa fácil para él lograr enamorarla y conquistarla.

Marian creía inocentemente en la amistad de ese hombre, que no era otra que Hinkle, el cual procuraba hacerse el cocontra-dizo con ella y siempre se mostraba atento y solícito.

Y como el tiempo iba pasando y Rand, enfrascado en su trabajo, no había hecho ningún viaje para ir a ver a su esposa, Ma-



...tuvo que llegar incluso a disparar su revólver...

rian, siempre por despecho, fingía dar oídos a las insinuaciones amorosas de Hinkle.

El día del aniversario de su boda con Rand, dió, sin embargo, una gran fiesta en su casa para conmemorar tal acontecimiento.

Hinkle le regaló una estatuilla de marfil que representaba a Tso-Tsinga, la diosa de la fidelidad.

—No se si darle a usted o las gracias o insultarle—le dijo Marian, al recibir el regalo—. ¿Es esto una ironía?

—¡Quién sabe! ¡Es posible!—respondió él, con cinismo.

Y con su falta de escrúpulos, que era en él característica, le

propuso a Marian que embaucase con él, abandonando para siempre aquellas tierras por ella tan aborrecidas y también al marido que prefería su ferrocarril a ella.

Le daba una semana de término para que meditase detenidamente su proposición, que según Hinkle significaba para ella la felicidad.

Marian escuchó estas palabras con indiferencia más que con indignación. Lo único que logró alterar sus nervios fué pensar en que Hinkle tenía razón al decir que su marido la posponía en su afecto a la línea férrea que estaba contruyendo.

¡Ella qué sabía! Si hubiera podido leer en el alma de Steve, habría visto que allí no había cariño más intenso que el que a ella le profesaba, pero las graves consecuencias que pudiera acarrear la actitud de los indígenas por la carencia de víveres y de quinina con que combatir la fiebre, y de whisky con que solazarse, amén de las perniciosas ideas que en sus cerebros rudimentarios iban vertiendo algunos compañeros pagados por no sabía quién, le mantenían en su puesto, sin poder distraer ni siquiera unos días para pasarlos tranquilamente en su hogar al lado de su esposa.

En vista de que los víveres, y, sobre todo, la quinina, no llegaban al campamento, a pesar de tener noticias de que ya había más de dos semanas que el convoy portador de ambas cosas había salido de la población, Steve Rand decidió ir personalmente a ésta a ver qué ocurría, encargando a Mac Guire que vigilase bien las maniobras de los indígenas durante su ausencia.

Y una mañana partió a caballo, contento de poder ver de nuevo a su esposa, y al mismo tiempo preocupado por el inverosímil retraso del convoy abastecedor.

Toda la mañana llevaba ya caminando bajo un sol abrasador, cuando descubrió un arroyuelo que con su agua fresca y transparente invitaba a mitigar en él la sed.

Apeóse del caballo y púsose a beber con avidez, cuando sonó una detonación a su espalda, y una hacha pasó rozándole un brazo.

Rápido como una ardilla revolvióse, y al ver que la maleza cerrana se agitaba levemente, dió un salto de tigre y cayó sobre un indígena que allí se encontraba escondido y que era el autor del disparo.

Entre los dos hombres se libró una dura pelea, Rand golpeaba a su enemigo ferozmente, pero el indígena no era manco, y el ingeniero recibió también su buena cantidad de puñetazos.

Por unos momentos pareció que la pelea iba a resolverse de parte del nativo del país, pero Steve, haciendo un poderoso es-

fuerro, logró dominarlo de tal manera que poco después lo tenía junto a sí amarrado de manos y cuerpo.

Comprendiendo Rand que aquel ataque no había sido una cosa aislada ni realizada por iniciativa de aquel individuo, le preguntó:

—¿Dónde están los carros de víveres? Vamos, contesta.

Pero el prisionero permaneció mudo, dando a comprender con sus gestos y movimientos de hombros que no entendía lo que le decían.

—Conque no entiendes, ¿eh? Bien. No voy a perder el tiempo dándote lecciones de inglés. Tú hablarás hasta por los codos. Sacando una lupa, se la puso sobre la planta de los pies, y los



...dió unos alaridos de dolor y acabó confesando...

rayos del sol al pasar por el cristal de aumento, comenzaron a quemar la carne del indigena.

Este dió unos alaridos de dolor, y acabó confesando que los carros habían sido asaltados por Chattermahl, su jefe, pero que éste sólo obedecía órdenes de un hombre blanco cuyo nombre no sabía.

Rand no intentó consacar más al indigena, comprendiendo que éste le había dicho todo cuanto sabía, y montando de nuevo en su caballo siguió su ruta hasta Savaboug, mientras que el indigena corría a meter los pies en el agua para aliviar la horrible desazón que le producían las quemaduras inferidas por Rand.

IV

De un vapor estaban descargando en el muelle de Saraboug un gran cargamento de herramientas agrícolas, según rezaba en los cajones que las contenían, con destino a Hinkle.

—¿Qué tal las herramientas?—le preguntó éste al capitán, que acababa de bajar a tierra.

—¿Herramientas? — preguntó el capitán, socarrón.

—¿Qué le dijeron al embarcarlas?

—Que tuviera mucho cuidado con ellas.

—Es lo más prudente. ¿Quiere usted fumar?

—Gracias. Temo que exploten las herramientas—respondió, irónico, el capitán.

En aquel momento acertó a pasar el gobernador.

Hinkle le saludó y marchóse, protestando tener una importante ocupación.

—¿En qué van a utilizar tantas herramientas? — preguntóle el gobernador al capitán cuando Hinkle hubo marchado.

—No puedo decirlo, gobernador—respondió el capitán.

—Ya comprenda. El silencio es oro. ¿verdad? Tendremos que admitir, pues, que estas cajas son inofensivas.

—Compiéndalo usted, señor gobernador—manifestó el capitán—. Si yo hubiese protestado contra este cargamento, hubiese perdido mi puesto.

—¿Protestar? — exclamó el gobernador —. ¡De ninguna manera! Yo también la sé, y sin embargo no protesto, porque me ocurriría lo mismo que a usted. ¡Hay intereses y personas muy considerables mezclados en esto!

Y con estas palabras dieron por terminada su conversación, encaminándose seguidamente el gobernador al castro, donde tuvo una gran sorpresa al ver a Rand.

Este le comunicó que habían asaltado y robado el convoy portador de los víveres y que necesitaba le facilitase una escuadra para custodiar el nuevo envío de víveres.

El gobernador hizo el remolón. No podía acceder a su deseo porque carecía en aquellos momentos de hombres. ¡Si pudiera esperar unos cuantos días!

—¿Y dejar entretanto que mi gente perezca de hambre y de fiebre?—protestó Rand.

—¡Vamos! ¡No sea usted exagerado!—bromeó el gobernador.

—¿Exagerado? Sepa usted que alguien hay que conspira contra nosotros. Incluso me han querido asesinar en plena selva.

El gobernador aseguró lamentarlo mucho, pero nada podía

hacer. La guardia de que disponía era muy escasa y los bandidos muy numerosos.

—¡Quizá el instigador sea un blanco!—manifestó Rand.

Pero el gobernador hizo oídos de mercader.

En el mostrador invitó Steve Rand al gobernador, a un comerciante chino y a un indígena amigo a beber unas copas a la salud de su esposa, ya que era el día en que se cumplía el primer aniversario de su boda con Marian.

—En efecto—dijo el del mostrador—. Ya mandé una caja de champán para la fiesta.

Rand quedó perplejo. Le extrañaba que su mujer conmemorase aquella fiesta y tuviera ganas de divertirse hallándose él ausente, pero supo disimular y ordenó que llevasen una caja más de champán.

Al pasar junto a una mesita, vió que en ésta se hallaba Hinkle, hablando con dos caballeros que le escuchaban de mala gana.

Hinkle estaba borracho, y lo que decía fué detenido a Rand, quien se le quedó mirando con ironía.

De pronto Hinkle se fijó en él, y al reconocerle puso cara de espanto.

—¿Le extraña verme? — preguntóle Rand.

—Pues, francamente, sí—respondió Hinkle.

—Oí lo que acaba usted de decir de la guerra, y ello me ha interesado—manifestó Steve. Y le preguntó a uno de los compañeros de Hinkle, un señor al que le faltaba un brazo—: ¿Pelee usted en Francia?

—Sí; era teniente—respondió el interpelado.

—Yo también—arguyó su compañero. E inquirió de Rand: —¿Y usted?

—Sí; servi en ingenieros. ¿Y usted, Hinkle?

Las rotundas afirmaciones de los tres caballeros desconcertaron a Hinkle, quien balbuceó:

—Pues yo...

—Sí. Ya sabemos a qué clase de héroes pertenece usted. Usted es de los que hacen la guerra en otra forma—le increpó Rand.

—¡Bah! A usted se le ha revuelto el whisky con quinina—respondió despectivamente el borracho.

Rand se alejó de allí, echando una mirada de desprecio a Hinkle, y acercándose al comerciante chino le dijo que tenía que hacer un regalo a su mujer y quería que él le llevase a su tienda y le aconsejase.

La sorpresa de Marian al verlo no es para describirla. Sin poderlo remediar, todos sus recóres desaparecieron en cuanto tuvo a su marido ante sí. Pero su despecho por haberse visto tanto tiempo abandonada, le hizo mentir cuando él le recordó que justamente aquel día se cumplía un año de su boda.

—No me acordaba—dijo.

—¿Entonces a qué se debe la fiesta que se da en casa?

Marian, para no dar su brazo a torcer, dijo que la celebraba para despedir a un amigo; a Hinkle, que se iba el jueves.

—¿Havendo?—preguntó Rand.

—¿Qué dices?

—Ninguna novedad. ¿Por qué tratas a ese sinvergüenza?

—Porque no hay otra diversión.

—Pues, ¡cúelo bien. Me consta que él es el culpable de todo cuanto me está pasando. Seguramente está a sueldo de la empresa rival, y como además te quiere a ti, hace todo lo posible para que yo desaparezca.

—¿Tú sospechas de todo el mundo? ¿Hasta de mí? ¿Por qué no le haces prender?

—No tengo pruebas. Pero las conseguiré.

Marian se esforzaba en mostrarse despectiva con su esposo, pero al final sus nervios hicieron crisis y se abrazó a él, llorando, al oír que le decía:

—Tú sabes que yo te quiero.

—¡Y yo también a ti. Siervo! Pero este maldito país me ha cambiado. El calor del trópico me vuelve loco y me hace delirar. Todo cuanto te he dicho es mentira. La fiesta no era en honor de Hinkle, sino por nuestro aniversario.

Rand le mostró el regalo que le traía. Y al ver la desilusión que ante éste mostraba su esposa, quiso inquirir la causa de ella, y no tuvo que esforzarse, pues vió encima de un mueble una estatuilla de marfil exactamente igual a la que le acababa de entregar a Marian como presente.

Marian confesó que aquella otra diosa de la fidelidad se la había regalado Hinkle.

—Con una fidelidad hay bastante—aseguró Rand.

Y su esposa, convencida de ello, arrojó la figurilla que habíale regalado Hinkle, dentro de un cesto de papeles.

V

Hinkle tenía una amiga, una bella joven rubia que le quería de veras, y la cual le advertía constantemente que corría peligro si Rand se enteraba que cortejaba a su esposa, pero Hinkle no le hacía caso y seguía empeñado en conquistar a Marian.

Con toda su desfachatez, presentóse aquella noche en la "soirée" que celebrábase en casa de Rand.

Este, después de que Hinkle hubo bailado un baile con su esposa, le llamó aparte y se lo llevó al jardín.

Los dos caballeros que horas antes hallábanse en el casino con Hinkle, y que en el fondo detestaban a éste, pues sabían que su vida no era todo lo recta y honorable que fuera de desear, se extrañaron mucho de verles juntos paseando por el jardín, y sintieron también desprecio por Rand.

Pero fué sólo por pocos momentos, porque pronto tuvieron ocasión de reivindicar la buena reputación del ingeniero.

Este, en un rincón del jardín decíale a Hinkle:

—¿De modo que usted ha hecho un regalo a mi esposa?

—¡Buenito, ¿verdad?—respondió el cínico.

—Mi mujer no necesita símbolos de fidelidad—manifestó, enérgica, Rand.

—¿No? Eso preguntémoslo usted a ella.

No había terminado de pronunciar este insulto cuando cayó sobre su rostro el puño cerrado de Rand, con la fuerza de una maza, haciéndole rodar por el suelo.

Cuando Rand regresó a la fiesta, un criado se le acercó para decirle que ya el convoy estaba dispuesto para marchar.

—¿Te vas hoy mismo?—le preguntó su mujer, angustiada.

—Sí, querida. Mi gente no tiene qué comer.

—¿Te importa más el ferrocarril que yo?—exclamó ella, en uno de sus intempestivos arranques nerviosos.

Y cada vez más irritada le anunció con marcharse a Europa o América al día siguiente.

—¿Con Hinkle?—le preguntó él, seguro de que no sería capaz de hacerlo.

—¡Con quien quiera! ¡Vete lejos de aquí! ¡Ya estoy cansada de tu ferrocarril y de tí!

Steve no hizo caso de estas bravatas y partió aquella misma noche a la cabeza del convoy de municiones y medicinas.

VI

En cuanto tuvo Hinkle noticia de la partida por boca del bandido Chattermahl, dió órdenes concretas a éste respecto a lo que había que hacer: asaltar los carros, tirados por bueyes, matar a Rand, volar la línea férrea y matar también al ayudante de Steve.

Cuando estaba dando estas órdenes, penetró en su despacho la rubia amiga de Hinkle, a quien éste tenía olvidada, la cual oyó todo cuanto el malvado había ordenado al jefe de los bandoleros.

—¡Algún día te va a costar caro entrar de esa forma, pues yo siempre llevo el revólver cargado!—le dijo Hinkle a la joven.

Y luego ordenó a Chattermahl que cumpliera pronto con lo que le había mandado, pues los carrns aún no estarían lejos.

—Cuando se den cuenta de lo que ha pasado, ya estaremos lejos de aquí—le dijo a la muchacha.

Pero ésta, que había comprendido todo lo villano que aquel hombre era, le amenazó con denunciarle al gobernador.

—¡Lo sabe todo!—respondió Hinkle, riendo.

—¡Pero no que has mandado matar a Rand!

Hinkle la apresó fuertemente por las muñecas, y le dijo que no se metiera en sus asuntos.

La silueta de Marian se divisó en el jardín, e Hinkle hizo que su amiga se escondiese, para no comprometerle ante la esposa de Rand.

Marian venia decidida a marcharse con Hinkle, pues no podía soportar aquella irritante soledad en que la dejaba su esposo.

Al oír sus palabras, la joven amiga de Hinkle salió de su escondrijo, y dijo, burlona:

—¿Cualque usted es mi sustituta?

Hinkle le rogó no le hiciera caso. En padre habíase hecho la ilusión de que él se la iba a llevar.

La muchacha no se inmutó. Le extrañaba que la señora Rand hubiese tomado tal determinación, pues le constaba que no quería a Hinkle; sólo porque se había peleado con su marido, y para darle celos había proyectado la huida con aquél.

Hinkle no la dejó terminar. De un fuerte empujón la arrojó al suelo.

Y en esos la muchacha le confesó a Marian los siniestros propósitos del malvado.

Al oír esto, Marian comprendió cuán lejos había ido en su locura, y trató de huir. Pero Hinkle le cerró el paso.

Mas en la diestra de la amiga del miserable brillaba el cañón de un revólver.

Marian se lo arrebató y apuntó con él a Hinkle.

—¡Si no se quita de en medio, disparo!—exclamó, enérgica.

El soltó una carcajada y dijo:

—¿De qué le serviría eso? Ya es muy tarde, y deben haber matado a su marido.

La detonación sonó. Y el malvado cayó al suelo, con el corazón traspasado por un balazo.

VII

Como loca corrió a decirle todo cuanto pasaba al gobernador. Había que ir en socorro de su marido. Ella se entregaba a la justicia por haber matado a Hinkle.

Pero el gobernador, comprendiendo la obra justiciera que aquella mujer había realizado inconscientemente, le dijo que ella no era la culpable de la muerte de Hinkle. A éste se le podía haber disparado el revólver, al limpiarlo, y con esta declaración quedaría libre.

En cuanto a socorrer a su marido, no disponía de tropa y le era por lo tanto imposible.

Mas los dos caballeros que Rand había conocido aquella tar-



...le iba quemando los párpados...

de, y que casualmente habíanlo oído todo por hallarse junto al gobernador, se aprestaron a ir en auxilio del ingeniero, en compañía del gobernador y de Mariau.

Mas por mucho que corriesen, ya no podían evitar que parte de los propósitos de los bandidos se hubiese realizado.

El convoy había sido atacado, y aunque Rand y sus hombres se habían defendido como leones, tuvieron que rendirse ante la superioridad del número.

Y Steve, en poder de Chattermahl, fué sometido a la misma tortura que él habíale inferido el día anterior al traicionero indigena, pero con más cruel ensañamiento, pues con su propia lu-

pía, el indígena le iba quemando los párpados, con intención de dejarlo ciego, mientras llard permanecía atado a un árbol.

Chattermahl y los suyos, una vez asaltado el convoy, corrieron a hacer lo mismo con la vía férrea, dejando solo a Rand con su verdugo.

Steve Rand desfallecía ya, cuando la llegada providencial de su esposa con los tres amigos, le salvó de quedar ciego para toda su vida, y el malvado indígena pagó su crueldad allí mismo con la vida.

Doliéndole los ojos horriblemente, pero con ánimos aún para luchar, marchó Rand con los dos caballeros al campamento, mientras Marian y el gobernador regresaban a Saraboug, para



...felices de verse sanos y alicios...

que la joven no presenciase la lucha que, sin ningún género de duda, habría de librarse.

Cuando llegaron al campamento sólo hallaron a Mac Guire y al único capataz blanco que había entre el personal que trabajaba en la línea, pues todos los indígenas habían huido y merodeaban con no muy buenos propósitos, al parecer, por aquellos alrededores.

Mac Guire y su camarada se habían aprestado a la defensa y habían incluso minado el puente con dinamita, para volarlo, en caso extremo.

Entre todos construyeron una especie de fortín con sacos de arena y de cemento, y en él se metieron.

El caballero manco pidió unos tubos de hierro, que fueron fáciles de encontrar, y con ellos improvisó unos morteros que cargó con dinamita, y piedras como metralla, según habíase hecho al principio de la guerra europea, donde aprendió a fabricar esta artillería ocasional.

Cuando estaban realizando estos trabajos de fortificación, oyeron galopar de caballos, y todos aprestáronse a la defensa.

Mas con estupor y con alegría vieron que los que venían eran Marian y el gobernador.

Marian, al saber que su esposo corría peligro, se resistió a regresar a Saraboug, y allí estaba otra vez, dispuesta a que la suerte o adversidad que Steve corriera fuera compartida por ella.

Los dos esposos abrazáronse con emoción.

De pronto las malezas comenzaron a agitarse, y una detonación partió de entre un enmarañado.

Como si ésta hubiera sido una señal convenida, una verdadera lluvia de balas pasó sobre sus cabezas, y de todas partes empezaron a surgir enemigos.

Los rifles de los sitiados comenzaron a funcionar, haciendo numerosas heridas.

Marian era la encargada de ir cargando los fusiles.

Por un momento el enemigo pareció vacilar y retirarse, pero fué para atacar con mayor furia.

Entonces el señor manco, que con un solo brazo manejaba magníficamente el fusil, dejó éste y comenzó a disparar los morteros.

El resultado no pudo ser más halagüeño.

Todos los bandidos huyeron a la desbandada, y no pocos mordieron el suelo.

En vano Chattermahl trataba, a caballo, de reunirlos y darles ánimos con sus gritos. Ellos huían desmoralizados por completo.

La silueta del jefe de los bandoleros se recortaba con precisión sobre su caballo, disparando hacia el fortín.

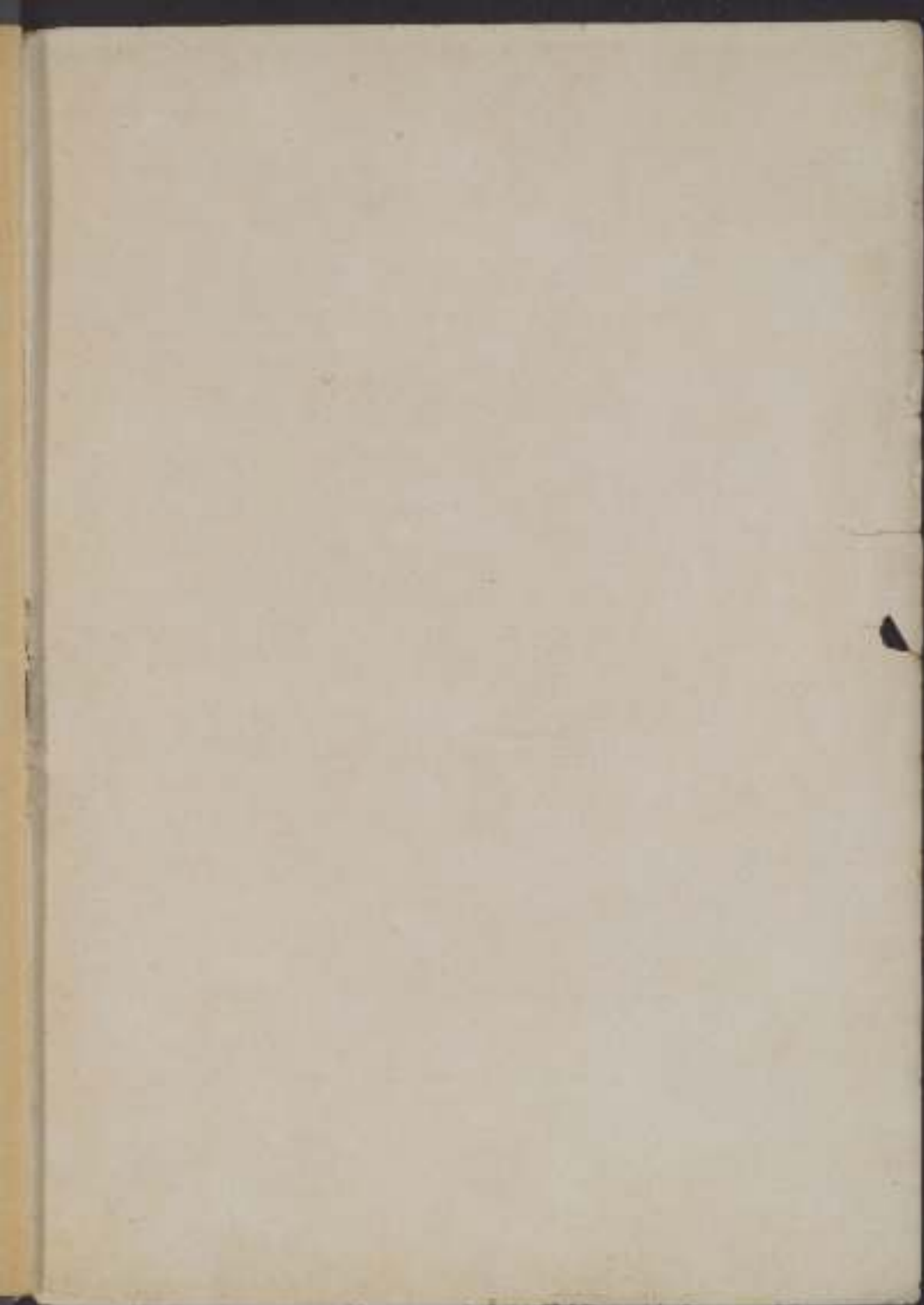
Rand echóse el rifle a la cara, disparó, y el terrible bandido y asesino cayó para no levantarse más.

Mac Guire resaltó ligeramente herido y pronto sanaría. En cuanto a Marian y Steve, felices de verse sanos y salvos después de haber corrido tan grave peligro, que por fortuna había quedado totalmente conjurado, se abrazaron y se besaron con cariño, prometiéndose una vida de felicidad sin límites, consagrándose el uno al otro en cuerpo y alma.

F I N

NÚMEROS PUBLICADOS: VIDA AZAROSA, por George O'Brien. — EL HOMBRE DE ARIZONA, por Rex Bell.

Imprenta Industrial



— Las mejores novelas cinematográficas las publica
EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

PIDA SIEMPRE LOS SIGUIENTES TÍTULOS:

Caballistas del Oeste

Asuntos ideales para muchachos. Precio: **15 cts.**

Cowboys y Detectives

Novelas emocionantes completas. Precio: **15 cts.**

EL FILM DE HOY

Asuntos seleccionados con un postal regalo. **30 cts.**

AVENTURAS FILM

(Colección completa que consta de 87 números)

Los mejores caballistas. Precio: **15 céntimos.**

La Novela Cinematográfica del Hogar

(Colección completa de 100 números)

Inmejorables producciones con postal regalo. **30 cts.**

LOS MEJORES FILMS

Películas de categoría. Precio: **50 céntimos.**

Éxitos Cinematográficos

Asuntos de gran relieve. Precio: **50 céntimos.**

Y LAS SELECCIONES

EDICIONES ESPECIALES

Las más destacadas superproducciones. **1 peseta**

Exija siempre

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona